

ABRIR UNA NUEVA ETAPA PARA LA FAMILIA MARIANISTA

0. INTRODUCCIÓN

El padre Lorenzo Amigo SM me invita a participar en este nuevo número de “Mundo Marianista”. Le agradezco mucho su sugerencia que acojo con gran interés y cariño. La idea propuesta es retomar las palabras pronunciadas por Enrique Llano CLM en el IV Encuentro Internacional celebrado el verano pasado en Burdeos y abrir un pequeño foro de reflexión y discusión. Me invita también a hablar de cuál es mi visión en estos momentos de las CLM.

Con Enrique he dialogado con tranquilidad. Recibo sus reflexiones con cariño y agradecimiento, sé de su gran amor por todo lo marianista y de su lucidez y de su coraje para expresar con valentía y honestidad lo que piensa. Existen puntos en su reflexión con los que estoy de acuerdo, otros en cambio difiero de su opinión. En estas líneas irán poco a poco apareciendo.

Empiezo estas páginas presentándome. Mi nombre es Ignacio Sánchez Galán, soy religioso marianista de la Provincia de Madrid y fui ordenado sacerdote hace poco más de dos años. En la actualidad vivo en la comunidad de “San Mateo” con otros tres religiosos y un joven fraterno que discierne su vocación religiosa marianista. Nuestra comunidad está en un apartamento en un barrio céntrico de Madrid. Hemos adoptado un estilo de vida sencillo, acogedor y en contacto con la realidad del barrio. Trabajo en el colegio Nuestra Señora del Pilar de Madrid como profesor y capellán y soy el Asesor Regional de las CLM de esta ciudad.

1. DESDE DÓNDE HABLO

Mi reflexión y mis palabras surgen desde la toma de conciencia de que mi amor por la Familia Marianista y, en especial por los laicos, ha ido creciendo progresivamente en estos años, ganando cada vez más espacio en mi corazón y siendo uno de los centros más importantes de mi vida y misión. Constatar esto produce en mí un sentimiento de alegría y de agradecimiento al Señor y a María.

Desde hace tiempo, en gran parte gracias a mis formadores, me di cuenta que no es posible vivir mi vocación religiosa de un modo aislado, vinculado exclusivamente a la Compañía y fuera de la Familia Marianista, las otras ramas me estimulan y me ayudan a centrar mi respuesta personal como religioso. De los laicos, sobre todo, recibo las voces de la secularidad, de lo cotidiano de nuestro mundo. De ellos escucho convicciones, dificultades y desafíos acerca de la vida matrimonial y familiar, de la vida profesional y la economía, de la política y de la cultura.

Estoy persuadido del papel central del laicado en la vida de la Iglesia. El Vaticano II con su eclesiología del Pueblo de Dios, de la comunión, de la corresponsabilidad abrió el camino para esto. Hoy es un desafío apostar fuertemente por esta eclesiología y evitar todas aquellas actitudes que no ayuden a desarrollar un laicado adulto y corresponsable.

La *Lumen Gentium* subrayó la radical igualdad de todos los cristianos que proviene del bautismo e invitó a unas nuevas relaciones entre los miembros de la

Iglesia. Tiene todavía fuerza profética el número 32 de dicho documento que os invito a releer¹. Los padres conciliares empezaron por el pueblo de Dios que incluye a todos y no por la Jerarquía. Esta fue una novedad.

Es urgente que los laicos estén presentes y activos en el mundo intraeclesial, dónde se toman decisiones que afectan a toda la comunidad cristiana y que al mismo tiempo se atrevan a estar en la plaza pública, viviendo y construyendo la sociedad desde los valores del Evangelio.

Me preocupan algunas posiciones de la Iglesia jerárquica que sigue situando a los seglares como simples receptores de sus mensajes, exigiendo una obediencia acrítica que en muchas ocasiones gusta llamar comunión y cediendo a regañadientes algunos espacios para los laicos pero casi siempre a modo de suplencia.

Especial dolor me produce, en este sentido, la situación de la mujer en la Iglesia Católica. Hoy son muchos los laicos, hombres y mujeres, con una sólida formación teológica y profesional y con años de entrega generosa en la misión. En ocasiones se sienten ninguneados por algunos miembros de la jerarquía que no acaban de quitarse de encima un clericalismo todavía muy acusado.

En la actualidad, tengo encomendada la tarea de animar, como Asesor Regional ayudando a la Responsable Regional, a los laicos de la Región de Madrid, unos 300 miembros agrupados en 28 fraternidades. El trabajo de estos tres últimos años me ha hecho conocer bastante bien a las personas y saber y reflexionar acerca de los logros y carencias que tenemos planteados en estos momentos en las fraternidades de la Provincia de Madrid.

¹ *La Iglesia santa, por voluntad divina, está ordenada y se rige con admirable variedad. "Pues a la manera que en un solo cuerpo tenemos muchos miembros y todos los miembros no tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo y todos miembros los unos de los otros" (Rom. 12, 4-5).*

El pueblo elegido de Dios es uno: "Un Señor, una fe, un bautismo" (Ef., 4, 5); común dignidad de los miembros por su regeneración en Cristo, gracia común de hijos, común vocación a la perfección, una salvación, una esperanza y una indivisa caridad. En Cristo y en la Iglesia no existe desigualdad alguna en razón de estirpe o nacimiento, condición social o sexo, porque "no hay Judío ni Griego: no hay siervo o libre: no hay varón ni mujer. Pues todos vosotros sois "uno" en Cristo Jesús" (Gál., 3, 28; cf. Col., 3, 11).

Aunque no todos en la Iglesia van por el mismo camino, sin embargo, todos están llamados a la santidad y han alcanzado la misma fe por la justicia de Dios (cf. 2 Pe., 1, 1). Y si es cierto que algunos, por voluntad de Cristo, han sido constituidos para los demás como doctores, dispensadores de los misterios y pastores, sin embargo, se da una verdadera igualdad entre todos en lo referente a la dignidad y a la acción común de todos los fieles para la edificación del Cuerpo de Cristo. La diferencia que puso el Señor entre los sagrados ministros y el resto del Pueblo de Dios, lleva consigo la unión, puesto que los Pastores y los demás fieles están vinculados entre sí por unión recíproca; los Pastores de la Iglesia, siguiendo el ejemplo del Señor, pónganse al servicio los unos de los otros, y al de los demás fieles, y estos últimos, a su vez, asocien su trabajo con el de los Pastores y doctores. De este modo, en la diversidad, todos dan testimonio de la admirable unidad en el Cuerpo de Cristo: pues la misma diversidad de gracias, servicios y funciones congrega en la unidad a los hijos de Dios, porque "todas estas cosas son obra del único e idéntico Espíritu" (1 Cor., 12, 11).

Si, pues, los seglares, por dignación divina, tienen a Jesucristo por hermano, que siendo Señor de todas las cosas, vino, sin embargo, a servir y no a ser servido (cf. Mat., 20, 28), así también tienen por hermanos a quienes, constituidos en el sagrado ministerio, enseñando, santificando y gobernando con la autoridad de Cristo, apacientan la familia de Dios de tal modo que se cumpla por todos el mandato nuevo de la caridad. A este respecto, dice hermosamente San Agustín: "Si me aterra, el hecho de que soy para vosotros, eso mismo me consuela, porque estoy con vosotros. Para vosotros soy el obispo, con vosotros soy el cristiano. Aquél es el nombre del cargo, éste el de la gracia; aquél, el del peligro; éste, el de la salvación"

Mi reflexión es necesariamente parcial y parte de una dificultad real para una publicación con carácter internacional como es *Mundo Marianista*. Tengo un reducidísimo conocimiento de la realidad de las comunidades laicas marianistas (CLM) fuera de España. No he asistido a ningún encuentro internacional y conozco solo ligeramente la realidad laical de la provincia de Zaragoza y de Italia, país, este último, en el que he vivido cuatro años. Por tanto mis opiniones se circunscriben todas ellas a la realidad de las Fraternidades Marianistas de la Provincia de Madrid.

Hablo desde el asombro por lo mucho que hemos caminado hasta ahora, desde el agradecimiento a tantas personas que han trabajado duramente por esto y desde el deseo y mi apuesta personal por reavivar el don recibido y trabajar en ésta y por esta Familia a la que tanto amo.

2. QUÉ PERCIBO DE LA RAMA LAICA EN ESTOS MOMENTOS

La rama laica de la Familia Marianista ha experimentado en 25 años un desarrollo espectacular. Este dato no podemos pasarlo por alto y mucho menos aún desvalorizarlo. Tomar conciencia de este dato debe provocar en nosotros la alegría y el agradecimiento.

Se ha caminado mucho y bien en este tiempo y no ha sido fácil. Hemos abordado colectivamente un gran reto del que ya percibimos frutos. Estamos sin duda lejos de lo que deseamos que las CLM sean pero ya hay realidades importantes cumplidas. La caminata ha sido desigual, a veces con firmeza y otras a tientas, en ocasiones con conflictos y otras en comunión de opiniones y energías.

La rama laica cuenta hoy con abundantes miembros en numerosos países y culturas diversas. Se ha dotado de animadores en los distintos niveles y ha celebrado ya cuatro encuentros internacionales. Posee un interesante cuerpo de documentos sobre su identidad y misión. Sus animadores se reúnen periódicamente con los responsables de las otras ramas para impulsar las mutuas relaciones y la misión común. Ha recibido ya el reconocimiento canónico en el Pontificio Consejo para los Laicos y está presente en algunos foros eclesiales de diversa naturaleza a nivel nacional o diocesano.

Es la rama que más crece y donde hay más jóvenes. Lo marianista tiene en ella un rostro distinto, esperanzador y muy actual. Las comunidades laicas están preñadas de diversidad y expresan su fe y su vida en numerosas lenguas y culturas.

Sobre lo transcurrido es estos años en la realidad de las CLM de Madrid puedo decir lo mismo que del conjunto: se ha avanzado muchísimo y coexisten luces y sombras.

En el momento presente, sin embargo, creo que se puede hablar de una situación de crisis, de estancamiento y de caminar lento que, a mi juicio, puede ser ocasión de purificación y de crecimiento. Es urgente que los laicos y no los religiosos abran una etapa nueva y más entusiasta. De la lucidez con que lo hagan dependerá su futuro y también el de la Familia Marianista en su conjunto.

Algunos rasgos de la crisis:

- a. Enorme dificultad para encontrar personas que quieran ser responsables o asumir tareas de animación en las Fraternidades. Excesiva dependencia de los religiosos y religiosas.
- b. Disparidad de visiones sobre lo que son y deberían ser las Fraternidades. Algunos subrayan la importancia del pequeño grupo, otros piden que se parezca

- a un movimiento eclesial, algunos rechazan cualquier orientación que es vista como imposición y otros piden más unidad y dirección.
- c. Lo laico (familia, trabajo, relaciones sociales, ocio...) es percibido como “problema” que imposibilita un mayor compromiso en vez de tomar conciencia que es ahí donde hay que ser cristianos y comprometerse. Conciliar creativamente y gozosamente responsabilidades cotidianas y pertenencia activa a la Familia Marianista.
 - d. Excesivamente centrada en sus pequeños problemas organizativos y económicos y con muy poca participación eclesial y social. Es muy poco frecuente la relación con movimientos sociales, con otras comunidades laicales o con la Iglesia Diocesana.
 - e. Gran incapacidad para atraer a otros. Las fraternidades llevan algunos años sin incorporar nuevos grupos y perdiendo miembros por distintos motivos.

Miro con esperanza pero también con preocupación el futuro inmediato. Creo que es urgente y posible un nuevo impulso que tenga en cuenta lo realizado en estos años. Recrear la Familia corrigiendo errores pasados y, sobre todo, que este nuevo inicio sea pensado y liderado por los propios laicos.

El símbolo del árbol, utilizado estos últimos años, para comprender la Familia Marianista creo que sigue siendo válido e inspirador. Un árbol con raíces y tronco comunes y con cuatro ramas diferenciadas. Nos ayuda a ver con claridad los elementos que nos unen y nos construyen: la espiritualidad, la historia, la misión, el papel de María, la eclesiología y la manera de sentir y vivir la fe.

Es muy importante seguir cultivando las mutuas relaciones y profundizando en aquellos aspectos que fortalecen nuestra identidad. Todos los grupos humanos necesitan tiempo para interiorizar y vivenciar las cosas, esto no quita que en un futuro inmediato haya que ir más lejos y, desde luego, no creo que esto signifique que estamos perdiendo el tiempo. Faltan profetas en nuestras comunidades, gente que apunte alto y que inquiete al conjunto.

Lo más importante de este modelo es que ha puesto en el centro al carisma y no a los religiosos. Este cambio es importantísimo y todavía por desgracia no comprendido por todos. Creo que un nuevo paradigma sería en estos momentos precipitado y llevaría consigo confusión para muchos miembros de la Familia Marianista.

Es verdad, como dice Enrique Llano, que en torno a la historia hay una visión un poco artificial. La visión originaria de Chaminade se perdió tempranamente. Los religiosos centraron sus mejores esfuerzos y energías en la educación y dejaron de lado la animación de la Congregación que quedó relegada al interior de los colegios como una actividad pastoral importante pero no central de su acción misionera.

Es el concilio Vaticano II el que nos ayuda a recuperar la visión inicial y a recuperar la fidelidad al carisma original. Es, sin duda, de los religiosos de donde surge la iniciativa de poner en marcha comunidades de adultos y de bautizar a grupos ya existentes con el nombre de Fraternidades Marianistas. En algunos casos, el problema es que se siguió haciendo lo mismo simplemente que con un nombre nuevo. La vinculación al animador religioso era muy fuerte y no había espíritu de cuerpo. El tiempo, sin embargo, ha ido purificando motivaciones y procesos personales y de grupo y hoy existe un mayor espíritu de pertenencia y lo que es más importante aún las condiciones adecuadas para que la rama laica lo sea realmente.

Un revisionismo histórico, puede estar bien como ejercicio intelectual, es verdad que se trata de una “construcción mental” hablar de una fundación laical con doscientos años de historia pero, honradamente, me parece estéril entrar en este planteamiento y no

nos conduce a nada ni despierta energía y compromiso que nos ayude a crecer y salir de la situación de parálisis en la que estamos.

3. ALGUNAS PROPUESTAS QUE, QUIZÁS, AYUDEN

La reflexión es, sin duda alguna, necesaria en situaciones de dificultad o de crisis. También lo es la oración y el discernimiento porque lo que nos preguntamos es qué quiere el Señor de nosotros en estos momentos. Hoy entre la prudencia y la audacia me quedo con esta última. Por eso, no se trata de **escribir** papeles sino de atreverse a vivir la novedad. Es importante ponerse a dialogar sobre lo que nos puede revitalizar y ponerlo en práctica de inmediato asumiendo el riesgo de la equivocación o del fracaso. Aprender caminando, no esperando a tenerlo todo claro y bien atado para empezar a realizarlo.

El Consejo Provincial y los Consejos Regionales deben dedicar tiempo a esta tarea de pensar y proponer. Deben escuchar y hacer suyas las inquietudes de los miembros de Fraternidades y por último delegar muchas tareas. Es importante que colaboren el mayor número de personas, en último término la vitalidad de Fraternidades es responsabilidad de todos.

Yo percibo algunas tareas urgentes que sería importante abordar:

a. Un nuevo ejercicio de liderazgo: creo fundamental un núcleo de personas, no necesariamente grande, que quieran derrochar disponibilidad, energía y entusiasmo en la animación del conjunto. Los movimientos laicales con más vida hoy en la Iglesia poseen estos grupos fuertes. Tienen que ser miembros de fraternidades que han interiorizado “lo carismático”, personas que han descubierto una llamada del Señor y de María a realizar el servicio de la animación. Por su entrega, entusiasmo y coherencia tienen autoridad en el grupo y son fácilmente reconocibles y elegidos para la animación. Estos se encuentran con frecuencia, rezan, reflexionan, proponen, acompañan y plantean metas a corto y medio plazo. Tienen en la cabeza y en el corazón una visión de futuro, de mayor alcance, es decir, tienen cierta claridad de hacia dónde hay que ir.

b. Superar el estado actual de indefinición y caminar juntos en una misma dirección: el *Libro de Vida* dice:

Fraternidades Marianistas somos una comunidad de laicos adultos que conscientemente elegimos: el cristianismo como opción fundamental de vida y la espiritualidad marianista como vocación particular. Nos reconocemos, por esto, herederos del carisma de nuestro fundador Guillermo José Chaminade, y miembros de la Familia Marianista.

Más adelante matiza que se trata de “una Comunidad de comunidades”. Esta hermosa definición del Libro de Vida tiene que estar más presente en cada fraterno, en cada fraternidad y en el estilo de animación. Si es un modelo de red el que se quiere hay que potenciar todo aquello que facilite la relación pero también y, al mismo tiempo, es necesario un espíritu de grupo que se ha venido a llamar en estos últimos años “sentido de pertenencia” en torno no a unos documentos sino a una vida y a un proyecto misionero.

c. Un estilo marianista de celebrar juntos la fe: es necesario que nos unamos a compartir la fe, a celebrarla con alegría. Necesitamos urgentemente, y estamos ya en

ello, un estilo marianista de celebrar los sacramentos y de rezar. Subrayando la centralidad del Señor, la presencia de María, algunos textos y cantos que reflejan nuestro ser. Celebraciones gozosas, familiares y participativas. Sería hermoso que, como en Burdeos, en la capilla de la Magdalena, en tiempos de Chaminade, fuesen celebraciones públicas que invitasen a otros, por contagio, a unirse al grupo.

d. Un mayor conocimiento y relación con la Iglesia y, en particular, con otros movimiento laicales: El desafío de abordar juntos la misión, las preocupaciones comunes, la revitalización de la Iglesia. Nos haría mucho bien dejarnos de mirarnos el ombligo y compartir búsqueda y tarea con otros cristianos laicos.

e. La formación debe estar orientada a fortalecer la identidad cristiana y a abordar temas de actualidad: la sociedad española está viviendo un proceso vertiginoso de cambio. Todos lo percibimos y nos situamos ante la novedad de maneras distintas. La formación debe ser una preocupación de todos los miembros de fraternidades y de modo particular de los más jóvenes. La formación debe estar orientada a favorecer: el fortalecimiento de la identidad cristiana, la apertura y comprensión de una sociedad cada vez más compleja y plural, el diálogo con los diversos planteamientos sobre el modelo de persona y sociedad y el conocimiento profundo de la experiencia cristiana para poder ofrecerla. Tres maravillosas iniciativas se realizan en la Familia Marianista en Madrid (Cátedra de teología contemporánea Chaminade, CEMF y Foros de actualidad), el enfoque y los contenidos están centrados en temas de actualidad.

f. Decidir juntos algunas prioridades en la misión: trabajar juntos nos haría un bien enorme. Chaminade tenía claro en los orígenes la opción por los pobres y los jóvenes. ¿Cuáles son nuestras opciones misioneras? Dejamos un gran espacio a la libertad de cada miembro para que realice alguna tarea eclesial o secular y eso es bueno y enriquecedor pero, ¿no podríamos pensar la realización de algún proyecto misionero común en el que invertir recursos personales y económicos? La misión nos construye como grupo y evita que nos quedemos en la teoría y en la crítica estéril. Hoy nos está faltando espíritu misionero.

4. CONCLUSIÓN: ABRIR UNA ETAPA NUEVA

El que no camina retrocede. Una nueva etapa se tiene que abrir y el protagonismo pertenece a los laicos. Los religiosos y religiosas tenemos que seguir estando cercanos a vosotros y con un modo de presencia distinto.

Pararnos ahora sería una grave irresponsabilidad. Echar por la borda todo lo alcanzado, que es mucho. La vida sólo se da al que busca, al caminante, al que corre el riesgo de equivocarse. En estos momentos repetir fórmulas sin más conduce al cansancio, a la rutina y al abandono.

El horizonte ya no es el de mejorar la rama laica sino el de construir la Familia Marianista. La autonomía no es el valor supremo pero sí un paso necesario para que los laicos vayan fortaleciéndose y avanzando en nuevas formas de liderazgo y animación.

Los religiosos, que estamos tomando cada vez mayor conciencia de nuestra fragilidad personal e institucional, tenemos que encontrar un nuevo lugar en la Familia y ofrecer lo mejor de nosotros mismos para que éste se consolide y dé frutos abundantes para la sociedad y la Iglesia. Los religiosos hemos dado mucho a la Familia, cada vez

más necesitamos de vosotros laicos. Vuestro ánimo, estímulo y oración para perseverar alegres en una vida consagrada y en una misión que en ocasiones percibimos como muy duras en la sociedad actual.

Nuestras comunidades religiosas deben llegar a ser lugares acogedores donde ofrecer espacios de oración, de diálogo y de búsqueda. Los religiosos pueden ofrecer un servicio inestimable a la dirección espiritual y a ayudar a cada miembro de las CLM a descubrir la vocación, la llamada de Dios, que debe vivir en el interior de la Familia.

Quizá haya llegado el momento de plantearnos la fundación de una comunidad mixta, formada por religiosos y laicos, que tenga como misión fundamental la animación de la Familia Marianista, seguir con entusiasmo los proyectos misioneros, relacionarse con la Iglesia de manera más constante y cuidar las celebraciones.

“Algo nuevo está naciendo, ¿no lo notáis?”. Así decía el profeta Isaías, ojalá tengamos nosotros su misma mirada profunda y esperanzada sobre la realidad y acompañemos esos brotes de vida nueva. El avance y madurez de La Familia es responsabilidad de todos. Pidamos a María que nos siga acompañando y podamos como Ella “hacer todo lo que Él nos diga”.

© **Mundo Marianista**